

sucesos nacionales. El escrupuloso Herodoto viajó por aquella parte como unos 60 años despues que los persas derribaron el trono de los Faraones, y recogió noticias de los sacerdotes de Menfis; despues Diodoro las obtuvo de los de Tebas, y Maneton, *sacerdote y gramático de los sagrados recintos de los templos de Egipto, de raza sebitica y ciudadano de Heliópolis*, reinando Tolomeo Filadelfo, escribió un tratado sobre el Egipto.

Acudieron los tres historiadores á los tres centros del saber egipcio, es decir, á los templos de Menfis, de Tebas y de Heliópolis, cuyos sacerdotes habian conservado las memorias de los sucesos. Pero estos mismos sacerdotes las ocultaban del vulgo y las desfiguraban para los curiosos. Ya en tiempo de Herodoto habian dificultado la lectura de los geroglíficos; de suerte que de todo cuanto habia en un gran rollo de papiro, no supieron revelarles sino meramente los nombres de 330 reyes, y lo poco que le refirieron hacia relacion tan sólo á su templo, y consistia en alabanzas de los reyes que los aumentaron y favorecieron, y maldiciones contra los que habian hecho servir el arte para otros edificios. Ni aún le dijeron todos los nombres de los reyes, pues que todavía descubrió otros Diodoro, el cual proclama haber examinado atentamente cuanto afirma, trata á Herodoto de fabuloso, y se aprovecha de los escritos de Cadmo, Hellanico, Hecateo y otros autores hoy perdidos. Pero también á Diodoro le engañaron los sacerdotes, acaso engañados ellos mismos por las diversas interpretaciones á que estaban sujetos los escritos y símbolos sagrados.

Maneton parece que debió tener á mano documentos más seguros; y en efecto, los descubrimientos sucesivos acreditaron hasta cierto punto de exacto su catálogo de los reyes de Egipto, mostrándolo conforme con los nombres conservados por los geroglíficos, especialmente en la parte relativa á las dinastías XVIII y XIX. ¿Pero se contenta la historia con nombres? Y si no se contenta, si busca hechos, ¡qué confusión, qué contradicciones entre las obras de los distintos autores, y aún entre los escritos de un mismo autor! El más ilustre de los reyes egipcios fué Sesostris; ahora bien, Flavio Josefo niega que fuese rey; Maneton y Cheremones lo suponen hijo de Amenofis, príncipe pusilá-

nime, que asustado de ciertos portentos y predicciones, huye ante un tropel de leprosos amotinados, y se refugia en Etiopía, y Lisímaco ni siquiera lo nombra. Maneton sigue diciendo que Amenofis, al salir de Egipto, confió á su amigo Setos la tutela de su hijo, de edad de cinco años; y Cheremones por otro lado afirma que la reina estaba en cinta de este hijo, que le dió á luz en una caverna, y que cuando fué adulto recobró el trono de su padre. Diodoro, que relega á Maneton entre los sacerdotes autores de cuentos inverosímiles, ve en Amenofis un héroe que con su cordura prepara la gloria de su hijo; que reúne cuantos varones nacieron en en el mismo día que aquél; que los hace educar con él y como á él, y le forma por este medio una guardia que le facilita el logro de señalados triunfos.

Cuando acerca de estos reyes hay tantas contradicciones, ¿qué sucederá respecto de los otros, ménos célebres y más antiguos? Ellos creyeron inmortalizarse con edificios indestructibles; sin embargo, ni aún el nombre de los fundadores de las Pirámides ha sobrevivido; y Herodoto confiesa que sólo desde el tiempo de Psamético adquieren los sucesos de Egipto el carácter de ciertos, acaso porque entonces se abrió entrada en el país á los griegos, fundándose una colonia de jonios y de carios en la region llamada los Campos.

Provecho mayor se saca del estudio de los monumentos, testimonios de la antiquísima civilización de un continente, que presenta también los rudimentos más mezquinos de una nueva civilización que ahora empieza á nacer. Desde el Mediterráneo hasta el Sennaar y hasta las ruinas de Axum, cerca del 14° paralelo; y desde el desierto de Libia al Golfo Arábigo, millares de monumentos anuncian la existencia de pueblos, cuyas artes, costumbres y culto dejaron en ellos impresas iguales marcas, y que por espacio de siglos debieron marchar con igual paso.

Muchos viajeros habian descrito los monumentos egipcios, y Pokoke y Norden mejor que los demas, aunque demasiado incompletamente, cuando Napoleon, al terminar el último siglo, llevó al país una comision de artistas y hombres científicos que fielmente copiaron los edificios, las inscripciones y los sitios. Sin embar-

CAPÍTULO XIII

Tiempos antiquísimos.

Es inegable que los egipcios recibieron de otro país la poblacion y la cultura. Tal vez algunas tribus del Asia Meridional, atravesando el Mar Rojo, se extendieron por Etiopía, donde vivieron primero entre las rocas y en las cavernas, descendiendo despues al Egipto á medida que éste se purificaba de las consecuencias del diluvio. El nombre de Arabia, en efecto, era comun antiguamente á las dos orillas del Eritreo. Manes, primer maestro y rey del Egipto, tiene nombre, atributos y vida parecidos á los del Manú indiano; Jones y Langlés han advertido mucha semejanza entre las voces radicales egipcias y las sanscritas; y Blumenbach, comparando los cráneos, ha encontrado en parte de ellos señales de su origen etiópico, y en parte signos característicos de la raza indiana.

Volney fué el primero en sostener que los egipcios fueron negros, y apoyaba su opinion principalmente en el rostro de la Esfinge, que consideraba como tipo de la raza indígena. Pero posteriormente se ha podido averiguar que la nariz habia sido mutilada; y entre las piernas halló el retrato del rey del cual era emblema, con perfil aguileño. Pritchard aclaró los pasajes antiguos que parecian favorecer aquella hipótesis; y parece ya fuera de duda que los egipcios conocian perfectamente á los negros y los distinguieron en sus pinturas. Por lo demas, se daban el nombre de *Hamitas*, nombre que la Escritura da también á los tres pueblos de Cus, Phut y Canaan. Estos dos últimos fueron ciertamente blancos; y el nombre de Cus designó á los pueblos del Nilo superior, que en los monumentos Egipcios son siempre blancos.

El viaje anual que segun Homero hacian los dioses desde el Olimpo á etiopía, como á país hospitalario y generoso en punto á ofrecer sacrificios; y el llevarse cada año la imágen de Júpiter Ammon hácia la Libia, volviéndola á traer á Egipto al cabo de algunos dias, indican que los egipcios reconocieron á sus dioses, esto es, á la civilización de los etíopes, los cuales se consideraban anteriores en tanto tiempo á los egipcios, cuanto eran posteriores á los indios. Pero sabido es que los antiguos confundieron

go, pocos ejemplares circularon del viaje de Denon, y por otra parte, sus dibujos, aunque admirablemente dirigidos, se hicieron en escala demasiado pequeña; y mucho ménos podia divulgarse la gigantesca *Descripcion del Egipto* que comenzó á imprimirse en 1811 bajo los auspicios del gobierno imperial francés. Escribieron despues sobre los monumentos egipcios Hamilton, Leake, Pankouk, que se valieron para ello de los materiales citados; el italiano Belzoni, observador justo y exacto, aunque escaso de erudicion y de aquella imaginación tan necesaria á los anticuarios; el general Minutoli, que con exactitud diplomática copió aquellos monumentos en su viaje; el francés Caillaud que descubrió las ruinas de Meroe, madre de Tebas, y describió, atravesando la Nubia y el reino de Sennaar, una série de obras colosales semejantes á las de Egipto. Las dos expediciones francesa y toscana, la primera presidida por el jóven Champollion, y la segunda por Hipólito Rosellini, extendieron mucho nuestros conocimientos acerca de aquel país, aunque no tanto como se esperaba. Verdad es que el Egipto parece el predilecto de los arqueólogos de nuestros dias; y acaso no hay un sólo anticuario ilustre que no haya tratado de él, cada escritor corrigiendo ó impugnando á otro, y explicando los monumentos de diverso modo. Entre tanto, una crítica desapasionada, leyendo las inscripciones de aquellos monumentos, ha notado que eran modernos los que se habian creido de remotísima fecha, y de ellos ha deducido que los egipcios continuaron sus primitivos estudios, artes y modos de vivir aún despues de la conquista de los persas, de Alejandro y de los romanos; tanto, que pueden atribuirse á tiempo posteriores monumentos que se han juzgado antiquísimos.

Ahora, informado el lector de la incertidumbre en que nos vemos envueltos respecto de este punto, pasaré á exponer lo que tenga más probabilidades de verdad, dividiendo la historia de los egipcios en tres períodos: el primero desde los tiempos más remotos hasta Sesostris (1500 a. C.); el segundo (650), desde éste hasta Psamético; y el tercero (528), que comprenderá los tiempos posteriores hasta que la conquista de los Persas vino á eclipsar la gloria nacional de los egipcios.

con frecuencia bajo el nombre de etiopes á los habitantes del Africa Oriental, y los del Yemen y á los de la Península de este lado del Ganges. Las anticuarios convienen en que el nombre de Etiopia se ha aplicado á tres países diversos, situados el primero y más antiguo á orillas del Ponto Euxino y á la falda del Cáucaso no lejos de la India Nueva; el segundo en Siria, cuya capital era Joppe, y el tercero en Africa. Esto explica la confusion que muchas veces se nota en los autores antiguos. En efecto, los cusitas habitaron toda la extension del valle del Eufrates y la Península arábica, desde donde pasaron á la otra orilla del Mar Rojo y al valle superior del Nilo, que por lo mismo puede llamarse cuna de la civilizacion egipcia. Hoy tambien en la Etiopia arreglan los barbas sus cabellos como lo vemos en las pinturas egipcias; tejen sandalias de hojas de palmera, como se encuentran en los sepulcros antiguos; llevan en la cabeza ciertos casquetes de madera, como los de las momias, y arreglan del propio modo que los egipcios sus pocos y rústicos vestidos. Algunos objetos sagrados del culto egipcio son naturales de la Nubia, como la *persea*, árbol consagrado á Isis, y el ibis, pájaro que no baja de allí sino cuando el Nilo se desborda.

La misma naturaleza de los sitios parece indicar que la cultura del Egipto procede del Mediodía. Atraviesa este país el Nilo, el río más grande del aquel vastísimo continente despues del Niger, río que oculta sus fuentes entre los montes alpinos de la Abisinia, y que en la Nubia, como si dijéramos el vasto desierto superior, donde vagaron por mucho tiempo hordas de ladrones, y donde floreció una civilizacion anterior á la egipcia, se abre paso entre rocas de granito, desde las cuales se precipita de uno en otro despeñadero por las cataratas, más famosas de nombre que admirables de hecho, prosiguiendo su curso casi innavigable por entre riberas desnudas y estériles. Pero desde Siene se ostenta el terreno rico en producciones, oro é incienso; y, hasta Cercasoros, el río que ya no recibe afluentes, recorre varias llanuras hácia el Septentrion, atravesando un valle de quince millas de latitud, limitado al Occidente por un desierto de arena, y al Oriente por montañas de granito. Diviéndose allí en dos

brazos, que desembocan en el Mediterráneo, el uno al Este cerca de Damita, y el otro al Oeste cerca de Roseta, y subdividiéndose en otros muchos ramales inferiores, despues de haber corrido desde sus fuentes muy cerca de tres mil millas.

El país situado entre Siene y Quemnis se llama el Alto Egipto, y allí florecieron en primera línea Tebas ó Dióspolis; el comprendido entre Quemnis y Cercasoro tiene por nombre Egipto, Medio ó Eptanomia, y en él sobresalió Menfis; siendo por último denominado Bajo Egipto el territorio que hay del uno al otro brazo del Nilo, llamado el Delta por asemejarse al griego.

No es por tanto el Egipto más que un valle del Nilo encerrado entre desiertos, y que cual ellos permaneceria árido é inculto á no ser por las inundaciones del río. Lejos de abrir un cauce profundo, corre el Nilo por un valle ligeramente convexo, de manera que á poco que se acrezca, rebasa los bordes y se derrama por los terrenos inmediatos. En el solsticio del estío, el sol que se eleva perpendicularmente sobre la Nubia y la Etiopia, de tal suerte dilata su abrasada atmósfera, que las masas de aire y las nubes más frias que cubren la Europa se precipitan á ocupar el lugar de aquel aire enrarecido, para restablecer el destruido equilibrio. De aquí las lluvias periódicas que engruesan el río y hacen que sumerja al Egipto, creciendo hasta el equinoccio de otoño, en cuya época se retira lentamente, y deja en él un limo fecundo, en el cual basta sembrar para obtener abundantísima cosecha.

Así, pues, el país, que en el verano parece un mar entre cuyas aguas rojizas y saladas sobresalen los mayores edificios y las copas de los cedros, de las palmeras, de las acacias y de los naranjos, en el invierno se convierte en risueña campiña, engalanada con el verdor de los arrozales, de la cebada, del lino y del dura, y donde pastan rebaños de ovejas y de terneras. La primavera luego, en vez de ofrecer la sonrisa de nuestras latitudes, descubre un terreno gris, pulverulento y lleno de grietas. Si á esto se agregan un cielo siempre sereno, más bien blanquizo que azul, una atmósfera inundada de luz deslumbradura, un sol que lanza asiduamente sus rayos sobre una llanura árida

y uniforme, y el contraste de la abundancia campestre al lado de la desolacion de las arenas; no es de admirar que en tan singular país se hayan arraigado singulares instituciones, y que alternen perpétuamente las ideas entre la vida y la muerte.

El único hecho seguro de los tiempos antiquísimos del Egipto es la conquista del terreno arrebatado al Nilo; porque parece indudable que primeramente fué habitado el Alto Egipto, y luego las ciudades situadas más abajo de Dendera, hasta que por medio de canales quedó en seco el Delta que los sacerdotes indígenas decían ser creacion del Nilo. Que esto sucedió en tiempos remotísimos nos lo prueba el haber hallado Abraham un imperio ya ordenado en el Bajo Egipto.

Maneton supone anteriores á las dinastías egipcias la de los auritas divinos y la de los héroes Mestros. A los primeros pudiera encontrarseles analogía con los berberiscos de Auria ó los oritios del *Génesis*, dominantes en las montañas del Chair; y por lo que hace á los Mestros están indicados en la Escritura con el nombre de Mesrim, descendientes de Cam, que empujados por los hijos de Cus, llegaron al istmo de Suez, en tanto que los cusitas costearon el Mar Rojo, y atravesándolo, rechazaron hácia el Septentrion á la estirpe egipcia ó copita, que ya antes dominaba en el país de Meroe. Se halla éste situado en el punto donde el Astaborra ó Tacazzé se une al Nilo, en la provincia llamada actualmente de Athar, entre el 13° y el 18° de latitud septentrional. Memnon condujo desde la Etiopia ejércitos que tomaron parte en la comun empresa de Grecia contra Troya; ocho siglos antes de Jesucristo salieron de la misma region Sabacon, Seneco y Taraco, conquistadores que por lo ménos partieron la parte superior del Egipto, y Plinio refiere que en tiempo de la guerra de Troya habitaban en aquel país 250.000 individuos de la casta de los guerreros, y 400.000 de la de los artesanos, divididos en veinte ciudades.

En aquellos tiempos ya no existian éstas, pues que en los países en donde no es menester resguardarse de la lluvia ni del frío, se hacen las habitaciones de materiales ligeros. Construyeron, sin embargo, los templos de los dioses y los monumentos de que está cubierto el país

debajo y encima de la tierra, como tambien centenares de pirámides, no de mayor altura de ochenta piés, precedidas de pilares que conducian á la entrada, y ricamente esculpidas. Equivocadamente, sin embargo, buscó alguno el oráculo de Júpiter Ammon en el templo de El-Mesura, descrito por Caillaud, en donde se halla la primera y más tosca forma del arte egipcio, y desde donde se extenderia despues al Egipto el culto de Ammon.

Muy oportuna escala ofrecia este país á las caravanas entre la Etiopia, el Africa Septentrional y la Arabia Feliz, y de él sacaban los egipcios los aromas para embalsamar los cuerpos, el algodón para sus vestidos, el ébano, el marfil, el oro, traídos de la India y la Arabia, la sal y las plumas de avestruz que allí se recogian.

La casta de los sacerdotes elegia entre los mejores de la misma al rey que debia atenerse á las leyes y á las costumbres, y con arreglo á ellas á castigar ó premiar. Al sentenciado á muerte se le enviaba la orden de matarse, y era infame si no lo verificaba, enviando los sacerdotes tal precepto hasta al mismo rey, en nombre de Ammon, cuando ya no lo creian digno de reinar.

Su moral era en extremo sencilla, consistiendo en las siguientes máximas: adorar á los dioses, no dañar á nadie, acostumbrarse á la firmeza y despreciar la muerte: el fundamento de la virtud es la templanza, porque los excesos quitan al hombre su dignidad; es dulce gozar los bienes adquiridos con el trabajo; el orgullo y el fausto indican un corazón mezquino; son vanidad los esquisitos cuidados, las artes mágicas y los portentos.

La casta que constituyó esta sólida teocracia, debió haber traído de otra parte á Etiopia el culto, las leyes y las costumbres humanas, extendiéndolas á favor de la religion y de la industria. Aquellos sacerdotes, al fijarse en un país, erigian un templo á las deidades propias de la tribu que gobernaban, y que por lo regular constituian una trinidad, y alrededor de aquél levantaban las cabañas de los labradores, á quienes hacian cultivar los campos cercanos, como súbditos del dios allí adorado. La devocion y la dulzura de la vida hacian que las tribus indígenas se acomodasen con aque-

lla manera de existir, y de aquí resultaba que muchos brazos ejecutaban los trabajos concebidos por pocas cabezas. Creciendo luego su número, expidieron colonias conforme á los consejos divinos, las cuales trasplantaron á otros países el culto del dios y la civilización, y fundaron nuevos centros políticos y religiosos.

Osiris, Ammon y Fta, á quienes se confesaban deudores los egipcios de su civilización, eran probablemente los números de colonias así regidas; los *nomos* ó distritos en que se dividía su país, eran las dependencias de cada templo; las devotas peregrinaciones de las colonias á la madre patria facilitaban las relaciones mercantiles, y se comerciaba bajo la protección de los dioses; por cuya razón encontraron los hermanos de José caravanas de Madianitas en dirección á Egipto. De esta manera los santuarios edificadas en toda la orilla del Nilo eran templos de la divinidad, residencias sacerdotales, caseríos de agricultores, plazas de comercio y estaciones de las caravanas.

Tebas, Elefantina, Tis y Heraclea, en el Alto Egipto, fueron los primeros establecimientos de tal naturaleza; Menfis lo fué luego, y más tarde se alzaron Mendes, Bubaste y Sebenita. Las dinastías que nos presentan los historiadores, acaso no fueron de razas que dominaron sucesivamente, sino sólo de reyes que residieron en las diversas ciudades á medida que cada una de ellas superaba á las demás, y llegaba á ser capital, y todavía está en duda si tales dinastías fueron sucesivas ó contemporáneas.

Alguno de estos *nomos*, como sucede generalmente en tales casos, superó á los demás, y los sometió; así Tis y Elefantina debieron estar bajo la dependencia de Tebas, y las siete ciudades del Bajo Egipto de Menfis; pero inútilmente preguntamos á la historia en qué tiempo ni de qué modo adquirió cada uno de ellos la primacía. Solamente parece que el dominio de los sacerdotes fuese combatido por la casta de los guerreros, los cuales, vencedores ya, mudaron la teocracia en gobierno de los fuertes. Manes, considerado como el primer rey de Egipto después de las dinastías fabulosas y simbólicas, fué quizá quien verificó semejante revolución. Entonces ya no perteneció el príncipe á la casa sacerdotal, antes bien, ésta mo-

deraba su poder, como depositaria de la sabiduría y de la voluntad de los dioses. No solo en las públicas procesiones, sino en la vida privada, estaban sometidos los reyes á rigurosas ceremonias; se aconsejaban con el gran sacerdote, y aún se hacían inscribir en la casta religiosa luego que eran elegidos, y con edificios sagrados debían manifestar la reverencia á la divinidad y á sus ministros.

Segun la Escritura, diez y ocho siglos antes de J. C. extendía Menfis su dominación sobre el Alto y Bajo Egipto, habiendo encontrado allí el hebreo José, hijo de Jacob, una espléndida corte de la casta sacerdotal y de la guerra, con instituciones que denotaban una civilización adulta. Como no es difícil en gobiernos despóticos, sucedió que este joven, extranjero y emigrado, llegó por su propio mérito hasta el grado de virey, y aprovechándose de una carestía terrible, hizo que los propietarios cediesen sus bienes raíces, reduciendo así todo el territorio á propiedad del rey, y aboliendo todas las que eran independientes.

Alguna vez interrumpían el progreso de la civilización egipcia las invasiones extranjeras, porque estaban lindando con Egipto los pueblos nómadas de la Libia y la Etiopía, que frecuentemente descendían á devastarlo, con especialidad mientras los Estados pequeños y desunidos no podían oponerles con vigor. Hubo vez en que los árabes beduinos, atraídos por los pingües pastos y creciente riqueza de las tierras bajas, las invadieron entrando por el istmo de Suez; y sus jeques, llamados por los Egipcios Hiksos, y por los griegos reyes pastores, acamparon en Avari, cerca de Pelusio, destruyeron las primitivas ciudades, y penetraron hasta Menfis que hicieron sede de su dominación. Al principio oprimieron la religión, ó sea á la casta de los sacerdotes, por lo que muchos de éstos emigraron, y algunos llegaron á Grecia; pero después adoptaron los ritos de los vencidos, y en tiempo de Moisés no aparece distinción alguna entre unos y otros.

Sin embargo, jamás consiguieron apoderarse del Alto Egipto, donde los primitivos dominadores continuaron la guerra contra ellos, hasta que los vencieron en tiempo de Tutmosis, preparándose en esta lucha la sucesiva preponderancia de los reyes de Tebas, que adqui-

rieron la supremacía sobre los diferentes Estados.

Tal es el concepto que á mi parecer puede formarse de la confusa antigüedad egipcia. Para aquellos que hagan consistir la historia de los pueblos en la de los reyes, y desoigan las indicaciones de la crítica, diremos que á Manes, primer rey de Egipto, sucedieron trescientos treinta, de los cuales diez y ocho eran etíopes; Busiris II fundó á Tebas; Ucoréo á Menfis.

Osimandias colocó en su palacio una biblioteca, la primera del mundo, encima de la cual había escrito *Remedios del alma*, muy excelente epígrafe si se refiere á libros buenos y divulgados; mas para los egipcios los libros permanecieron encerrados en las bibliotecas, así como las momias en sus sepulcros.

Meris, para evitar las desiguales crecidas del Nilo, mandó hacer un lago que lleva su nombre, el cual tenía tres mil seiscientos estadios de circunferencia y trescientos piés de profundidad con dos pirámides en medio. En él se recogían las aguas cuando la crecida era excesiva, y se esparcían por la llanura cuando esta era escasa, símbolo geroglífico de la solicitud con que atendían los sacerdotes á la cultura del país y á su abundancia.

CAPITULO XIV.

Los sesostridas.

Los Faraones más poderosos corresponden á la XVIII dinastía. Tutmosis I tuvo la gloria de principiar la expulsión de los extranjeros, completada posteriormente por Amenofis II, á quien llaman los griegos Memnon. En celebridad de aquella victoria se erigieron muchos edificios, y su nombre fué eternizado en los monumentos de Tebas, de Elefantina y en el templo de Soleb, en la Nubia. Ramesces I, que acaso es el Danao de los griegos, fué expulsado por su hermano Ramesces II, Miamum, el cual fundó el magnífico palacio de Medinet-Abú en Tebas, cubierto todo de pinturas que recuerdan sus victorias sobre muchísimos pueblos. Entre ellas dicen algunas inscripciones: *Palabras de los jefes de los países de Fecaro y de Rabú, que están en poder de su majestad y glorifican al benéfico Dios, al señor del mundo, sol guardian de*

justicia y amigo de Ammon. Tu vigilancia no tiene límites: reinas en Egipto como poderoso sol, tu fuerza es grande y tu valor iguala al de Bores.

En tu poder está nuestra vida y tuyo es nuestro aliento.

Palabras del rey señor del mundo á su padre Amon-ra, rey de los dioses. Como lo ordenaste, perseguí á los bárbaros, y combati en toda la tierra; el mundo se detuvo asombrado delante de mí..., mis brazos sujetaron á los señores de la tierra, segun la orden que recibí de tu misma boca.

Palabras de Amon-ra señor del cielo, moderador de los dioses. Feliz sea tu regreso. Perseguiste á los nueve arcos, cortaste las cabezas, atravesaste los corazones de los extranjeros, hiciste libre la respiración de todos aquellos que... Mi boca te aprueba.

Las pinturas de las catacumbas de Silsilis están dedicadas al rey Horos, recordándole en ellas sus victorias sobre los etíopes: la inscripción geroglífica á propósito de su triunfo dice: *Vuelve el dios grandísimo, conducido por los gefes de todos los númenes: en su mano tiene el arco como el de Mandú, divino señor del Egipto; él, que es rey de los vigilantes, conduce las cabezas de la perversa raza de los cus; él, director de los mundos, aprobado por Fre, hijo del sol, siervo de Ammon, Horos el vivificado. El nombre de su majestad se hizo conocer en la tierra de Etiopía, á la cual castigó el rey conforme á las palabras que le dirigió Ammon su padre.*

Durante el reinado de Amenofis III renovaron los hiésoos su invasión, hasta el punto de verse obligado el rey á refugiarse en Etiopía, de donde no obstante volvió vencedor, gracias al esfuerzo de su hijo Ramesces.

Acerca de este Ramesces III ó Sesostris, se han acumulado mil leyendas, que probablemente se refieren á empresas de diferentes personajes, ó son partos de la imaginación y de la vanidad nacional. Cuéntase, pues, que deseando su padre hacerlo sumamente poderoso, advertido también por los dioses, ó sea por los sacerdotes, recogió mil setecientos niños que nacieron en el mismo día, y los hizo educar de la propia manera que al suyo, acostumbRANDOLOS á las fatigas militares, de tal modo, que al